



# LA LEYENDA DE XAN QUINTO, BANDOLERO GALLEGO

**L**AS pasadas fiestas de diciembre y enero me dieron ocasión de hacer recogidas directas de cuentos y de tradiciones populares gallegos en las comarcas arosanas, especialmente en tierras del Barbanza. Es curiosa la relación de éstas con algunas recogidas anteriores, localizadas en las comarcas del Umia. El domingo 7 de enero, que fue el último dedicado a este menester, al calor del fuego de una cocina antigua, una mujer de edad recitó esta estrofa:

Soy Juan Quinto,  
gran ladrón de Andalucía,  
que a los ricos robaba  
y a los pobres socorría.

El recitado, hecho en lengua castellana, con el geísmo dialectal del lugar, recuerda demasiado famosas coplas de Diego Corrientes y de otros sonados bandoleros andaluces, y de ser verdad cuanto sé de su leyenda, muy probablemente Xan Quinto jamás pisara otro suelo —real o/e imaginario— que el de las comarcas arosanas y galaico-compostelanas de la antigua provincia de San-

tiago. Pero si hay o no hay confusión en este recuerdo, no deja de ser significativa la copla, puesto que la leyenda de Xan Quinto —ladrón/bandido/bandolero de la clase de los generosos— viene al hilo de las mejores tradiciones andalucistas del género, sin dejar por ello su peculiaridad, su genio y su figura de gallego a la altura de las circunstancias.

La «historia» de Xan Quinto, casi desconocida fuera de su ámbito, puede permitirme, a la par que el placer de contarla —y, espero, de leerla—, la toma de contacto con un estilo muy común de narración popular aldeana, un realismo cultural aparentemente crédulo, finalmente fatalista y hasta escéptico, que pareciéndose situar con precisión topográfica las figuras, en familia, en espacio y en tiempo, desestima, al fin, todas las coordenadas, dejándose llevar de la lógica y de la riqueza expresiva de la propia historia, haciendo ser la leyenda realidad, haciendo imaginario el realismo. Si fuera correcta la interpretación que hago de mecanismo tan singular, no dejará de vérselle sabiamente

aprovechado para la alta cultura por hombres del país de tanta notoriedad como un Valle-Inclán o un Castela, pongo por caso, enraizados como pocos en el horizonte de las tradiciones populares de sus gentes.

## La estampa de Xan Quinto

En la leyenda de este personaje no encontré historias galantes y los narradores prescindían de la belleza en su descripción. Se destaca, sin embargo, su estampa: «un hombraz», dicen resumidamente. Alto como un castillo, liviano como un «vimbio» (mimbre), fuerte como un «carballo» (roble). Operaba con cuadrilla, siendo normal que el narrador incluya en ella a bandidos y ladrones famosos de sus lugares, atribuyendo a los otros la violencia innoble que en los sucesos acaeciera; pero también hay apariciones heroicas e ingeniosas en solitario, siendo incluso éstas las que colorean la mayoría de los relatos por mí recogidos. Asaltaba,

sobre todo, a los caminantes para robarles; especialmente se caía sobre aquellas gentes que movieran dinero —arrieros, buhoneros, «mandadeiras», tratantes de ganado, recaudadores, paisanos que van o vienen del ferial—. También asaltaba los carromatos del transporte, y en veces sucesivas, con reiteración impenitente, saqueaba pazos, grandes casas y rectorales. Los métodos de trabajo, muy a la altura de aquellas circunstancias, eran en extremo ingeniosos, siendo su ley la de que si pobre resultara el asaltado, le devolviera con creces —antes o después— el «capital» sustraído, siempre que no mediara resistencia, caso en el que le atacaba violentamente, llegando incluso a darle muerte.

Cuentan, por ejemplo, que en cierta ocasión cayó —en el Alto de Bexo— sobre un pobre aldeano que marchaba a la feria de Padrón para comprar un par de bueyes:

—Alto ahí. Soy Xan Quinto. Entrégame los cuartos que llevas. Ya te los devolveré.

—¡Ay, señor!, hácenme falta

bueyes y voy a su compra. Fácil puede enterarse de que no son para negociar, que son para trabajar.

—Tú, ahora, dame los cuartos. Sigue a la feria y haz por encontrar los mejores ejemplares del ferrial.

Pasó la cosa. El paisano llegó a la feria y observó cuidadosamente el género. Xan Quinto reaparece:

—¿Hiciste cuanto te propuse?

—Hice, señor. Pero cuestan mucho más de lo que yo traía...

—¿Cuáles son los bueyes?

—Aquéllos...

—Esto que te doy ha de serte suficiente. Ve y cómpralos.

Una vez realizada la operación, pagados los bueyes, Xan Quinto —ante testigos— se encara a un tiempo con el labriego y con el tratante:

—¡Ché! Soy Xan Quinto. Tú márchate con tu ganado, que para eso pagaste. Tú dame aquí esos cuartos.

Pero ni esta seguridad de la devolución parecía tranquilizar a las gentes. Y las vendedoras rianxeiras de pescado, pobres andadoras de leguas diarias, rezaban al acercarse a los cruces de caminos, entre otras oraciones, algunas dedicadas a que Dios las librara de Xan Quinto.

Todas estas historias detallan nombres, lugares, personas, pelos y señales, estando el personaje muy a la altura de sus miserables circunstancias. De ahí, creo yo, la riqueza de variantes, la ingeniosa serie de acciones atribuidas a este héroe que, aguzando la imaginación del contador, podía hacerse pasar —sin perder ni un punto en su papel— por lo más normal, puesto que el horizonte de tensión y violencia entre clases, hábitáculos y personas es horizonte común a la sociedad tradicional gallega, aunque la versión romántico-circulante enfatizara tan sólo la armonía idílica de las gentes aldeanas, cuando no su apacible doblegamiento. Esta singular visión, muy de folkloristas, contrasta fuertemente con la óptica tradicional y con las mismas noticias de la prensa más superficial e interesada: la de los diarios de la época. Así, aún en el siglo XVIII, gustaba Feijoo de recordar las descripciones de la violencia gallega que hicieran Silvio Itálico o Estrabón, pongo por caso, al referir la violencia de él

contemporánea. Además, los mismos esclavos tienen sus sueños de libertad.

### Algo más de la ambientación

Las historias españolas de bandidos, ladrones y bandoleros debieran utilizar profusamente el bello libro de viajes de Borrow, buena prueba de que la geografía del bandolerismo español desborda ampliamente las comarcas andaluzas. En este sentido, el viaje de don Jorgito el Inglés es capital para situarnos en el horizonte decimonónico del bandolerismo gallego. Para la fama general de

cer ruta sin escolta, presenciando aterrado cómo al borde de un camino había «tres horribles cabezas clavadas en sendos palos», que fueron de «un capitán de ladrones y dos cómplices suyos apresados y ejecutados dos meses antes. Su principal guarida eran las inmediaciones del puente; tenían por costumbre arrojar los cuerpos de sus víctimas a las profundas y negras aguas que corrían impetuosas por debajo».

«Aquellas tres cabezas —nos dice Borrow— no se borrarán jamás de mi memoria, particularmente la del capitán, puesta en un palo más alto que el de las otras dos: sus largos cabellos ondeaban al viento, y las facciones,

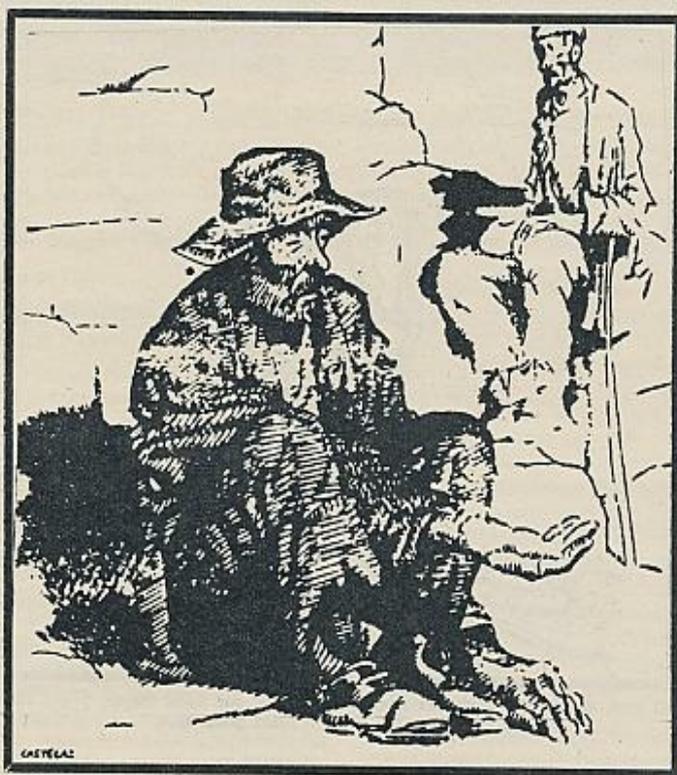
les, a los que más de una docena de veces asaltaron en mis fichas a consecuencia de ingerirse aquéllos en violentísimas prácticas tradicionales de mozos, caso de las reyertas interparroquianas, siendo igualmente del día las noticias de prensa con acciones de partidas. De todo ello apenas si ha quedado estudio alguno; al margen de casos aislados —como el de Mamed Casanova—, tan sólo algunas figuras legendarias, como **Pepe a Loba**, merecieron la atención de los escritores del país, nada entusiasmados por las acciones que daban materia a ciegos y coperlos populares y a la mayoría de los viejos y contadores de las aldeas. Aún, por volver a los ejemplos de mi última recogida, al relatarme las andanzas de Xan Quinto por tierras rianxeiras, salieron a la descripción una larga serie de ladrones que alcanzaron fama o notoriedad (Navallas, Latovas, o Granadero de Vilas, o Cajicho de Asados, Barreiro, etcétera). Incluso la toponimia registra el lugar de Salto Ladrón, en la desembocadura del Ulla, en tierra de contrabando y bandolerismo típicos. Otero Pedrayo (nacido en 1883) cuenta que «en Galicia, muchos ladrones gastaban sombrero calañés y trajecorto a la andaluza», que «no hay a lo largo del siglo XIX, hasta bien establecida la Restauración, pazo, rectoral ni venta no asaltada, casi siempre con énfasis de valentía y exceso de crueldad».

Es decir, que el tema de los ladrones y bandoleros es de los que un contador realista prefiere para describir una historia que, al fin y a la postre, es legendaria, hija de su propia imaginación o de la cultura de sus «viejos». Veamos esto en el caso que nos ocupa.

### El lugar y el tiempo

«Xan Quinto era do Araño», reiteran las historias en las comarcas rianxeiras. «¿Cómo do Araño? ¡Era da parte de Palmeira, coño!», me juran otros narradores del Barbanza. «De Cambados», me dijeron en la otra ribera de la ría... Valle-Inclán, que canta sus andanzas por el Salnés, escuchó de labios de la vieja Micaela, que era de Bealo:

«Era de buenas familias. Hijo de Remigio de Bealo, nieto de Pedro, que acompañó al difunto señor en la batalla del Puente San



N'un país rico.

aquel tiempo (1824), los caminos de Galicia estaban «infestados de ladrones y carlistas que cometen todo género de atrocidades». Borrow describe la función y la «bárbara hermosura» de los **migueletes**, bandidos «renegados» o «arrepentidos», según se mire, utilizados en la limpia de antiguos colegas veinte años antes de la entrada en servicio de la Guardia Civil. El mismo testigo estuvo a punto de caer en manos de ladrones a poco de aventurarse a ha-

ennegrecidas y torcidas, hacían, bañadas al sol, una mueca burlesca».

Conviene prestar atención al realismo de la realidad —terrible tanto en los bandidos como en sus perseguidores—, que hace más temible el de la fantasía.

Aún en las primeras décadas de este siglo, las parroquias gallegas, tan diseminadas en general, escondidas entre una vegetación de notable exuberancia, vivían muy de lejos la presencia de los civi-

# LA LEYENDA DE XAN QUINTO, BANDOLERO GALLEGO

Payo. Recemos un Padrenuestro por los muertos y por los vivos.

«¿Usted conoció a Xan Quinto?», se le ocurre a uno preguntar después de una descripción minuciosa de sus andanzas.

«No, hombre, cómo lo iba a conocer. Estas son cosas de los viejos», se recibe por respuesta.

«Infinidad de cuentos tiénneme contados los viejos de Xan Quinto», me decía un hombre de unos sesenta años. «Mucho decían los viejos que hacía y acontecía», me refiere un anciano de noventa y seis. Valle-Inclán, que andaría hoy por los ciento siete años, en la última versión de su «Juan Quinto» la sitúa así:

Micaela la Galana contaba muchas historias de Juan Quinto, aquel bigardo que cuando ella era moza tenía estremeada toda la tierra del Salnés.

Micaela, nos cuenta el propio Valle, era «una doncella muy vieja» de su abuela que murió cuando don Ramón era «muy niño».

Este aroma, siempre traído con el recurso del tiempo atrás, es el que permite contar la historia con el mayor verismo, escondiendo así el carácter imaginario que decía. He aquí un ejemplo del que he recogido variantes:

Antón da Devesa (1), compañero de partida y compadre de Xan Quinto, maltrataba a sus hijos y tenía tres amigas en otras tantas aldeas. Por estos motivos, los hijos le querían mal y le iban con el cuento al padrino. El propio Xan Quinto le había retirado el antiguo aprecio, pues notaba cómo para sostener el vicio robaba y mataba sin ley. Un buen día se presentó en casa del compadre y, en su ausencia, inquirió:

—¿Dónde va el «viejo»?

—Va con las amigas...

Xan Quinto lo aguardó, y al entrar lo derribó de un trancazo. Y les dijo a los hijos:

—Ahora lo rematáis; si no, os liquido como a él.

Y los hijos se pusieron al asunto... Temiendo que el hermano menor pudiera asustarse y cantar después, lo metieron en una «artesa» (2). Remataron al padre, y, montándolo sobre su caballo, lo enterraron junto al mar, ahí

en la Torre (3). Y nadie en la aldea echó jamás de menos a Antón da Devesa.

Mas he aquí que pasado cierto tiempo, una vieja loca que andaba al «argazo» (4) se encontró con una bota. Tiró de ella y le salió una pierna. Gritó:

—¡Acudid, vecinos, hay un hombre muerto!

Y así se descubrió el cadáver y la muerte del Antón. El asunto entró en Juzgados, los Juzgados tiraron de la lengua del hermano menor, que acabó por contar todo lo que había escuchado, yen-

misterio la relación con su figura, no dudan los narradores en atribuirle parientes honrados: su padre, una hija, una hermana...

## Otros elementos de la «historia»

El miedo y el misterio, que dan el «pathos» a la mayoría de las narraciones populares galaicas, están en las de Xan Quinto. El bandolero despierta, por su valor y rebeldía, admiración y temor: inspira actitudes de compla-

martirizada por la tensión tradicional con los aldeanos de Bealo, vecinos suyos con límites muy marcados. Los de Bealo eran temibles en reyerta, formaban un verdadero cuerpo de ejército, invencible de todo punto para los de Ourolo. El famoso bandolero se ofrece a éstos, en pago de gratitud, para combatir a su lado, y llegada la ocasión de la pelea, aparece en un alto, armado con el palo consuetudinario, y dando su grito:

—¡Ay de los de Bealo! ¡Soy Xan Quinto!

Poniéndose en inmediata desbandada el ejército de contrarios.

Mil historias hay en esta línea, en que se dibuja su estampa, se precisa su material de lucha —escopeta, palo, navaja de muchos «estalos», cuerpo limpio— y se da cuenta de la admiración y del temor que despertaba con su simple aparecer.

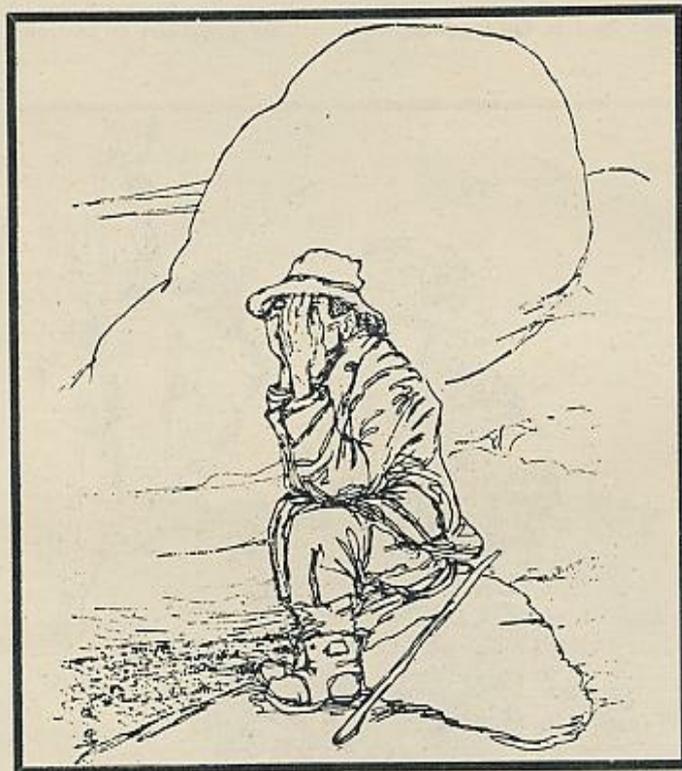
\* \* \*

Sus asaltos a pazos, grandes casas y rectorales fueron sonados, dando ocasión, una vez más, a ejercitar el realismo. Prefería foristas o rentistas importantes, el estilo gallego del gran propietario tradicional. He aquí un caso:

En la Brea estaba la casa de don Ambrosio Romero, una casa rica, muy rica: tenía un hórreo de veintitantos pies de lado. Don Ambrosio tenía propiedades en Cures, en Abanqueiro... Era, además, un hombre que metía respeto, fortísimo, y su hijo, otro tanto como él. Y estaban hartos de que una y otra vez les robase Xan Quinto. Así, viendo que aparecía solo, don Ambrosio decidió hacerle frente, y su hijo —que estaba fuera— se encontró, de regreso, la casa robada y a su padre atado con el pañuelo de la sirvienta...

El bandolero utiliza siempre, sabiamente, la incomunicación interaldeana e interparroquial. En cierta ocasión, se dice, asaltó a un escribano y le hizo firmar un papel para que un gran señor de pazo le entregara al portador determinada cantidad. El propio Xan Quinto cobró el encargo, riñendo para siempre los señores, sembrando entre ellos la discordia. Y este estilo de asaltos a los odiados personajes del Juzgado y del Consejo se repiten en este escape imaginario de las leyendas de Xan Quinto, siempre temido y siempre admirado.

Me contaba el último verano una gran contadora del Salnés,



El gran ladrón no puede ser enemigo para los que nada tienen, y por esto le persiguen los papeles y los poderosos.

do sus hermanos mayores a la cárcel.

El narrador termina la historia ofreciendo otros detalles reveladores:

—Si, el hermano menor le contó esta historia a mi padre. Era familia de... Uno de los presos volvió por aquí muy viejo...

Esta misma precisión se da con Xan Quinto. Manteniendo en el

cencia con el estado de cosas, esperanza en grandes figuras justicieras, en sonadas acciones. Se cuenta, por ejemplo, que dos aldeanos ricos, agraviados con el ladrón por sus reiterados saqueos, se apostaron con carabinas a uno y otro lado del camino. Cuando pasó Xan Quinto, fue tal el tembloteo, que cada uno hirió al otro, sin que el bandido tuviera siquiera que hacer un movimiento.

Cuéntase igualmente que Xan Quinto hacía de la taragoñesa aldea de Ourolo un lugar seguro de asiento, teniéndole ley la gente,

(1) La Devesa es una aldea de la parroquia rianxeira de Santa María de Asados.

(2) Pertenece al mobiliario de la casa gallega tradicional. En ella se amasaba el pan y se guardaba el cerdo o la carne salada.

(3) Lugar preciso, situado en la desembocadura del río Te, que frontera las parroquias rianxeiras del valle.

(4) Algas marinas en trance de descomposición que enlantan la ribera del mar.

## ¡CUIDADO CON LAS CACEROLAS...!

*De todos los metales, es el cadmio el más peligroso para el hombre; pues bien, con él se revisten frecuentemente las cacerolas.*

La alarma se originó en Gran Bretaña en las primeras semanas de enero. El semanario londinense «The Observer» encargó una serie de análisis de laboratorio. Estos análisis revelaron que en contacto con los ácidos alimenticios, ciertos esmaltes tienen tendencia a contaminar los alimentos con los pigmentos que les confiere su hermoso color. La cosa podría no ser grave, ya que todos los pigmentos no son tóxicos. Ahora bien, entre los que sí lo son se encuentran los pigmentos a base de cadmio, frecuentemente utilizados para dar a la vajilla esmaltada (ya sea de hierro colado o de gres cerámico) su color rojo, anaranjado o amarillo. ¡Desconfíen ustedes de toda cacerola en que uno cualquiera de estos tintes entre en contacto directo o indirecto con los alimentos!

Según investigaciones llevadas a cabo, principalmente en los Estados Unidos, el cadmio es, de todos los metales, el más peligroso para el hombre (el plomo viene en segundo lugar, aunque a considerable distancia de aquél). En un informe presentado al Senado americano, H. A. Schroeder, director del laboratorio de oligoelementos de la Dartmouth Medical School, afirma que el cadmio inhibe la digestión de las grasas, y es una de las causas principales de la hipertensión y las enfermedades cardíacas.

Si bien las teorías de Schoeder relativas a los efectos del cadmio no gozan de aceptación universal, el reconocimiento de su toxicidad sí es general: las Organizaciones Mundiales de la Salud y la Agricultura (OMS y FAO) exigen que se limite a medio miligramo (es decir, a 500 microgramos) por individuo y semana la absorción de cadmio. Ahora bien, este umbral de tolerancia es virtualmente rebasado en todos los países industrializados: los habitantes de estos países absorben aproximadamente 150 ó 200 microgramos de cadmio en el agua potable que beben, sobre todo cuando el agua circula por tuberías galvanizadas, y hasta 1.000 microgramos más a través de los alimentos que ingieren (arroz, harina y azúcar blancos) y, según los lugares, cantidades muy variables en el aire que respiran.

Ahora bien, 100 gramos de alimentos que han estado hirviendo cierto tiempo en un recipiente coloreado en su interior a base de amarillo de cadmio, pueden contener, a su vez, entre 250 y 350 microgramos de metal tóxico. En espera de que los gobiernos prohíban la fabricación y venta de este tipo de recipientes, los usuarios deben evitar el utilizar diariamente este tipo de cacerolas o, por lo menos, recubrir de papel de aluminio la superficie coloreada de las mismas (generalmente, el interior de la tapadera), de modo que no entre en contacto con los alimentos.

El semanario británico daba todos estos consejos y cifras a la vista de los resultados de los diversos «tests» de laboratorio a que habían sido sometidas doce cacerolas esmaltadas (siete, de hierro colado, y cinco, de loza). Los «tests» tenían como objetivo conseguir de las autoridades la imposición, en el caso de que las cacerolas de metal esmaltado, de las mismas normas que se aplican actualmente a las de loza. Estas normas son las siguientes: no debe haber más de 0,7 ppm. (partes por millón) de cadmio en el ácido acético diluido al 4 por 100 que, después de hervir durante dos horas, haya permanecido en el mismo recipiente durante veintidós horas más.

Estas normas no son específicamente severas: corresponden a 70 microgramos de cadmio por cada 100 gramos de alimentos. En Dinamarca y Suecia la norma es de 0,1 ppm., es decir, de 10 microgramos por 100 gramos de alimento.

Estos detalles tienen su importancia. En efecto, varios modelos arrojaron en los análisis valores muy superados a los tolerados. He aquí la lista: 6 ppm., una olla belga, marca Fe; 3,5 ppm., un modelo alemán oriental, sin marca; 1,6 ppm., una olla danesa, marca Copco; 2 y 2,3, respectivamente, dos modelos Le Creuset, adquiridos en 1968. El interior de las tapaderas de todas estas ollas eran rojo o anaranjado y contenían entre un 1 por ciento (Le Creuset) y un 2 por 100 de cadmio (Fe). Los modelos Le Creuset adquiridos en 1972, con el interior esmaltado de blanco o color arena, sólo arrojaron un índice de cadmio de 0,3 ppm., es decir, inferior a la mitad del límite tolerado.

No se trata de condenar el hierro colado esmaltado o la loza: debido a su gran dureza, la superficie conserva su lisura y resulta, por lo tanto, inhospitalaria para las bacterias. Estas proliferan con mayor facilidad en las rayas del aluminio. Por otro lado, el aluminio, una vez eliminada la capa de óxido que lo hace mate, es igualmente tóxico.

Todas estas cosas y muchas más deberían formar parte normalmente de las enseñanzas de Ciencias Naturales y de Química. ¿Pero a quién le interesa conocer estos hechos? «A todo el mundo», se dirá. Sin duda, pero el poder de decidir producir esto en lugar de aquello no corresponde a todo el mundo. ■ MICHEL BOSQUET.

cómo muy cerca de su lugar había, en otros tiempos, una venta. Xan Quinto y su gavilla se llegaron a ella e hicieron noche. Los venteros, muertos de miedo, escuchaban la programación de los asaltos inmediatos temblando como varas verdes. Xan Quinto les tranquilizó:

—No temáis. El lobo, donde anida, no come. Y además, nosotros aún le sacamos algo a los ricos y aún le damos algo a los pobres...

Y, ciertamente, estos grandes ladrones de ricos tuvieron siempre mil años de perdón entre las gentes y las narraciones aldeanas, que no sienten admiración por otros bandidos de chalina que hacen de pliegos y papel sellado un uso que se les aparece como tanto o más despreciable. El ratero —pequeño ladrón de pequeñas cosas de pobres gentes— es odiado; el ratero político, que medra por su servilismo con los poderosos, también. El mismo cacique vive su dominio en un ambiente de contraprestaciones cuya ambigüedad y riqueza simbólica he tratado de describir en otra parte. Pero el ladrón, el gran ladrón, el que vive de las grandes jugadas, no puede ser enemigo para los que nada tienen, por esto lo persiguen los papeles y los poderosos; es un compañero de viaje, rebelde, terrible, pero compañero al fin, aunque pueda, llegada la ocasión —y no es este el caso de Xan Quinto— pactar con los poderes y echarse al que dicen ser camino recto, camino que no siempre es tal para cierto simbolismo popular, como se sabe.

En los relatos de Xan Quinto se ve bien esta última complicación en dos aspectos reveladores del tema de la «honra» y del «valer»: hijo de buen linaje, en línea con las mejores familias, si no es honrado por la vida que el destino le llevó a vivir, sí lo es por el estilo y el uso que hace del numerario robado. Este héroe de la rebeldía popular, situado en un mundo mal hecho, vive como un malvado su destino de justiciero.

### Xan Quinto y la alta cultura

Yo no sé de la existencia de estudio alguno acerca de este personaje. Chao Espina, que pasa revista a algunos bandidos gallegos, pienso que con exceso de moralización, no le alude siquiera a título de inventario. Tengo

constancia, sin embargo, de que tres escritores gallegos utilizaron aspectos o variantes de la leyenda: el poeta cambadés Ramón Cabanillas, el escritor de La Coruña, Leandro Carré, y el citado Valle-Inclán.

Pese a los esfuerzos, no he podido revisar el cuento del primero ni la pieza dramática del segundo. Aunque aparecen nombrados en la fe de obras de algunos de sus libros, dudo incluso que llegaran finalmente a publicarse. Cabanillas, aún en su libro de 1949, «Camiónos no tempo», trae al héroe popular a una estrofa de su poema —publicado, por primera vez, en los años veinte—, «O cruceiro de montes»:

E dende alí ollaban as ve-  
[redas  
e os camiños travesos  
co-a carabina o lombo,  
do paso dos civís en axexo,  
os espías da Loba e de Xan  
[Quinto,  
ladróns e cabaleiros.

Valle-Inclán insiste en el tema del honor y del linaje, como se ha visto, y a propósito de Mamed Casanova —cuando su detención, en 1904—, ha llegado a explicar su actitud de manera franca:

«Yo os confieso que admiro a estos bandoleros que desdennan la ley, que desdennan el peligro y que desdennan la muerte. Tienen para mí una extraña fascinación moral».

Valle, que utiliza como fondo la leyenda en su «Aguila de Blasón. Comedia Bárbara» (1907), se encara con ella en 1914. Su «Juan Quinto» se publica en El Diario de Pontevedra el 19 de mayo de tal año. Pocos meses después, pero ya con ciertas variantes, la incluye como narración inicial de «Jardín umbrío. Historias de santos, de almas en pena, de duendes y de ladrones». Desde entonces aparece siempre en este libro y en «Flores de almendro» (1936). Junto a este trabajo se ofrece la posibilidad de leer aquella primera versión del relato valleinclanesco, difícil de localizar, cuyas variaciones con relación a las ediciones hoy circulantes se explican fácilmente por la lógica que Valle da a todos los relatos de estos libros: ser capturas en el recuerdo de aquellas historias que la vieja Micaela le contaba, «mientras sus dedos arrugados daban vueltas al huso». ■ J. A. D. Ilustraciones de Castela.